

## § XIII DEBERES DE SOCIEDAD.

## HOSPITALIDAD.

La hospitalidad es un deber de los mas sagrados. En los tiempos antiguos se consideraba al huésped como á un pariente, y casi como á un amigo. (B.)

La acogida que hagais á vuestros huéspedes será segun os lo permitan vuestros medios y las circunstancias; pero deberá ser en todo caso afectuosa, cortés y desinteresada. (*Curso de moral.*)

## El convento del monte San Bernardo.

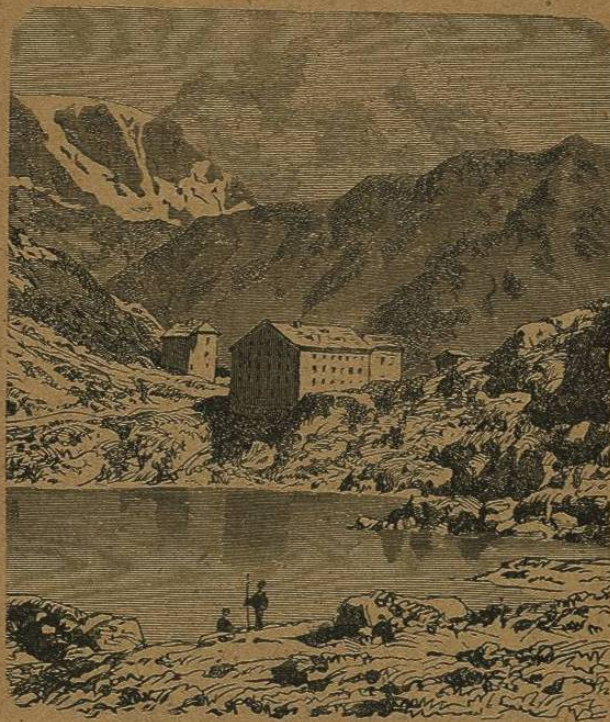
En medio de los Alpes descuella el monte San Bernardo<sup>1</sup>, cuya cresta se pierde entre las nubes. Aun en verano es allí excesivo el frio. No se ven en él ni árboles ni arbustos. Sus escarpadas cuevas están cubiertas de nieve; sus inmensas llanuras de hielo están cortadas por profundos precipicios.

Los que atraviesan por aquellas soledades van expuestos á rodar hasta el fondo de los abismos, á ser enterrados entre la nieve, ó á perecer envueltos por los aludes.

Existe en dicho monte un convento habitado por religiosos dedicados exclusivamente al auxilio de los viajeros que se pierden en aquellos desiertos de hielo, y tienen en su monasterio una raza de perros que han enseñado á secundar su intrépida caridad. Unas veces acompañan estos nobles animales á sus amos, y otras van solos en descubierta, con una campanilla al cuello para advertir á los viajeros, y una cantimplora con aguardiente para que puedan reanimar sus fuerzas. Cuando se encuentra algun viajero enterrado en la nieve por efecto de algun hundimiento, los inteligentes perros vuelven al convento para avisar á sus amos, quienes les atan al cuello una cesta con provisiones y siguen sus pasos; retiran la nieve y sacan al desgraciado viajero, salvando así su vida las mas de las veces.

<sup>1</sup> Situado entre Italia y Suiza. Es uno de los pasos mas frecuentados para ir á Italia; tiene 3,470 metros sobre el nivel del mar.

« A fines de abril, dice un escritor, iba yo al Piamonte por el camino del monte de San Bernardo. A eso de las cuatro de la tarde, la pequeña caravana en cuya compañía habia yo franqueado este peligroso paso, llegó á la cum-



Convento del Monte San-Bernardo.

bre del monte, y despues de restaurar sus fuerzas en el monasterio, se volvió á poner en camino para ir á pernoctar en el valle de Aosta. Yo no quise seguirla.

« Habia disminuido ya mucho el calor del sol y hasta el cielo comenzaba á encapotarse; algunas nubes vaga-

han ya por las crestas de las rocas, y se amontonaban en las estrechas gargantas de aquellas soledades. La inquietud se apoderó de mí y me resolví á pasar la noche en compañía de los hospitalarios religiosos que participaban de mis presentimientos, que por desgracia no nos engañaron.

« A las seis de la tarde estaba ya casi en tinieblas aquella planicie helada; arrastradas las nubes con la rapidez de la flecha por un viento noroeste, se arremolinaban en derredor de las agrupadas rocas; oíase ya á lo lejos el rumor de los aludes y átomos de apretada nieve, menuda como polvo, ya desprendiéndose de las montañas, ya cayendo del cielo, interceptaban la escasa luz y ocultaban á la vista todo lo que nos rodeaba.

« Mientras yo conversaba con el prior del convento, delante de un buen fuego, acerca de las consecuencias de la tormenta, los religiosos habian ido á cumplir con los deberes que les imponian las circunstancias, ó mejor dicho, á ejercer sus buenas obras cotidianas; cada uno de ellos ocupó su puesto de peligro en aquellas glaciales soledades para poder socorrer eficazmente á los viajeros de toda clase, cualquiera que fuese su patria ó su religion, y hasta á los animales de carga que les acompañaban. Algunos de estos heroicos solitarios subian por las pirámides de granito que están á orillas del camino para ver si descubrian alguna caravana en grave apuro, ó poder contestar á los que pidieran socorro; otros abrian el camino oculto por la nieve caída recientemente, con riesgo de perecer ellos mismos en los precipicios; todos, en fin, despreciando el frio, los aludes, el temor de perderse, medio cegados por los torbellinos de nieve, prestaban oído atento al menor rumor que se asemejase á la voz humana.

« Su heroismo y su vigilancia son inapreciables; ningún desgraciado les llama en vano; los religiosos le sacan medio ahogado de debajo de los aludes, le reaniman aun cuando esté próximo á espirar de frio y de terror; le transportan en sus brazos, mientras sus piés resbalan en el

hielo ó se hunden en la nieve, y este ministerio le ejercen día y noche, á todas horas.

« Hacia ya una hora que cinco religiosos, sus criados y sus perros, buscaban la huella de los viajeros, cuando los ladridos de los fieles animales nos anunciaron su regreso.

« Diez personas entraron en el monasterio, extenuadas de cansancio, ateridas de frio y de espanto. Sus guías olvidaban su fatiga propia; y todo lo que puede ofrecer la mas solícita hospitalidad, todo lo que ni á peso de oro se podría encontrar en las mejores posadas de las ciudades, desde la ropa blanca hasta los licores mas fortificantes, todo estuvo dispuesto al instante, distribuido sin distincion, y empleado con tino y tacto exquisitos. »

#### La isla de Sein.

A cuatro kilómetros de la costa, en el departamento del Finisterre, se halla la isla de Sein, planicie aislada y estéril, que apenas cuenta 350 habitantes, todos pescadores. Esta poblacion activa y hospitalaria, parece haber dedicado su existencia entera al servicio de la humanidad. Desde 1617 hasta 1765 han salvado estos isleños de una pérdida segura, á un navío de línea, una fragata, dos corbetas, un lugre, tres barcos mercantes, entre los cuales se hallaba un trasporte que traia de las colonias quinientos soldados franceses; cinco tripulaciones enteras de buques de guerra ó mercantes, y ochocientos diez y nueve hombres pertenecientes á la tripulacion del *Séduisant*, navío de primer órden que se estrelló contra el Fevenec, el escollo mas peligroso de la terrible costa de Sein, tan fecunda en catástrofes nocturnas y muertes ignoradas.

Y si la tempestad, que cada vez era mas terrible, no hubiera hecho el mar impracticable, hubieran salvado hasta el último hombre del *Séduisant*.

Por espacio de once días que el estado del mar impidió toda clase de comunicacion con la tierra firme, los habitantes de la isla dividieron fraternalmente con los náufragos

sus casas y sus provisiones; de modo que si la tempestad se hubiera prolongado mas, habitantes y refugiados hubieran perecido de hambre. Hace unos veinte años, estos mismos isleños salvaron la tripulacion entera del bergantin inglés de guerra *la Bellisima*, que formaba parte de la escuadra del almirante Codrington.

#### Un moro de España.

Durante la época en que gran parte de España se hallaba bajo la dominacion árabe, un castellano mató en duelo á un moro jóven, y se refugió despues en la primera casa que encontró abierta, que pertenecía á otro moro. El castellano imploró su proteccion; el moro, tomando un albérchigo, le ofreció la mitad y comiéndose la otra, le dijo: « Come esta fruta y no tengas cuidado; desde este momento eres mi huésped. » Esconde al castellano en una habitacion aislada y se guarda la llave. Pero no tarda en saber que es su hijo el que ha sucumbido á manos del castellano; espera que llegue la noche, va á la habitacion donde éste se halla y le dice: « ¡Ay desdichado! ¡Era mi hijo al que tú has quitado la vida!... Sal de aquí, aprovecha esta noche para escapar, porque si los deberes de la hospitalidad encadenan hoy mi venganza, mañana recobrarán sus derechos la justicia y el amor de padre. »

#### El proscrito.

[1794.]

Fabre de Eglantine, miembro de la Convencion, proscrito y condenado á muerte, se habia librado de ir al cadalso por medio de la fuga y buscaba asilo. Sabedor de que una señora, á quien él habia perseguido cuando estaba en el poder, habitaba una quinta aislada en Ivry, toma la extraña resolucion de ir á refugiarse en su casa. Entra, en efecto, y dice á aquella señora. « Yo he amenazado vuestra existencia, pero hoy está la mia en vuestras manos. Si me con-

cedeis hospitalidad estoy en salvo, pues como se sabe que he sido vuestro enemigo, es seguro que no vendrán á buscarte en vuestra casa. »

Grande fué la sorpresa de aquella señora, pues el que en otro tiempo la habia tenido encerrada en un calabozo, venia ahora á pedirla hospitalidad. ¡Y en qué momento! ¡Cuando la ley condenaba á muerte á quien quiera que diese asilo á un proscrito! « Sois mi huésped, le dijo, y haré todo lo que pueda por salvaros. »

Fabre permaneció algunos dias en completa seguridad en casa de aquella noble mujer, pero pronto tuvo que buscar un retiro mas distante de Paris. Circulaban en Ivry rumores sospechosos y habian empezado las visitas domiciliarias en los alrededores. Fabre se empeñó en marcharse, y la señora, obligada á consentir en ello, le dió un traje de aldeano y lo dispuso todo para que reemplazase en un carricoche al hermano de su jardinera que debia ir á llevar leche al mercado de Choisy.

Antes de rayar el alba se acomodó Fabre en el carruaje; á su lado iba una aldeana con un ancho pañuelo de indiana en la cabeza que la cubria el rostro en parte, rodeada de cestos de huevos y cántaros de leche, con las bridas del caballo en la mano. Cuando ya fué mayor la claridad del dia, prorumpió Fabre en un grito de sorpresa al reconocer en la aldeana que iba á su lado á la misma señora que le habia hospedado, y que no quiso confiar á nadie el cuidado de salvarle. Le condujo muy lejos y no volvió á su casa sino ya muy entrada la noche.

#### El prisionero de guerra.

Guillermo Apfel, soldado prusiano, prisionero en la batalla de Jena<sup>1</sup>, fué enviado al acantonamiento situado en las cercanias de Méves (Nièvre). Los aldeanos en cuya casa estaba alojado, lejos de tratarle como enemigo, le prodiga-

ron cuidados capaces de hacerle olvidar su cautiverio, pero sin que nada le pudiera distraer del recuerdo de su país y de sus padres. Antonio Fouquier, hijo de su patron, se conmovió al ver su dolor, y poniendo en sus manos 80 francos que tenía ahorrados, le proporcionó medios para que pasase la frontera.

Siete años despues servia Antonio Fouquier en el 4º ligero, y herido en el brazo en la batalla de Leipsik<sup>1</sup>, tuvo que rendirse. Le despojaron de la mayor parte de su ropa, le quitaron hasta los zapatos, y con algunos compañeros de infortunio, fué enviado hácia el interior de Prusia. Caminaba entre dos hileras de soldados enemigos, cuando uno de éstos se dirige á él y le abraza con efusion. Era Guillermo, que habia reconocido á su bienhechor y corrió en seguida á solicitar su libertad. El relato del generoso corportamiento de Fouquier conmovió al general prusiano, y el jóven frances, acogido en el seno de la familia de Guillermo, no tardó en volver á su pátria.

#### La hospitalidad á prueba.

[Siglo XVIII.]

A la edad de diez y siete años quedó huérfano de padre y madre el jóven Carlos Royer, en la ciudad de Montpellier, y recogido por un tío que ya tenia dos hijos, manifestó éste poco afecto al recién venido.

Advirtiendo el jóven que era una carga para su tío, pidió y obtuvo el permiso para marchar á la Guadalupe con una pequeña pacotilla adquirida con el importe de la pobre herencia que le habian dejado sus padres. Desde aquel día ya no se oyó hablar mas del huérfano, y la familia entera le olvidó, á excepcion del mas jóven de sus primos que tenia un corazón excelente, y al que le agradaba el recuerdo de los años de su infancia.

Con su buena conducta, su asiduidad al trabajo y con

1. 10 de octubre de 1813.

su economía, prosperó Carlos Boyer en la Guadalupe. Al cabo de treinta años era ya muy rico; no habiendo tenido hijos y encontrándose viudo, se resolvió á concluir sus dias en su país natal en el seno de su familia, y en su consecuencia se embarcó con direccion á Francia. El buque nau-



Naufragio.

fragó en la travesía y perdió todo lo que llevaba pero él consiguió salvarse. Como le quedaba en Guadalupe diez veces mas de lo que habia perdido, se inquietó poco de aquella desgracia, y se decidió á aprovecharse de ella para poner á prueba sus parientes y cerciorarse por sí mismo si eran dignos de sus beneficios, pues tenia intencion de repartir su fortuna con sus dos primos y vivir con ellos como un hermano.

Llegado á Montpellier, su primer cuidado fué averiguar su posicion, y supo que el mayor de sus primos, despues de haber prosperado brillantemente en el comercio, se habia retirado de los negocios y vivia tranquilamente de sus rentas: el segundo, por el contrario, habia sufrido muchos

reveses y se vió obligado á aceptar un modesto empleo con el que á duras penas podía subsistir él con su familia

Boyer se pone una levita vieja, limpia, pero muy raída; un pantalon y un chaleco por el estilo; se endosa una enorme corbata colorada, zapatos gruesos y un sombrero cuidadosamente cepillado pero casi desprovisto de pelo, y vestido de este modo va á llamar á la puerta de Juan Boyer, el mayor de sus primos, y es introducido en la casa.

Aquel dia no estaba Juan de buen humor, pero aunque hubiera estado bien dispuesto, toda su alegría hubiera desaparecido al ver aquel hombre tan mal vestido arrojarse en sus brazos diciéndole: « ¡Ah primo mio, mi querido primo! ¡Qué dichoso soy de verte!

— ¿Está V. loco? dice Juan encolerizado rechazando al importuno; yo no tengo primo alguno, y si tuviera alguno como V. renegaría de él en seguida.

— ¡Cómo! ¿No conoce V. á Carlos Boyer, que hace treinta años?...

— Hace treinta años, es muy posible, pero no me acuerdo si ha existido ese Carlos; si V. es él mismo, dígame V. por fin á lo que viene, y le ruego que sea breve y se despache, porque me están esperando.

— ¡Ah, querido primo! Al volver á Francia ha naufragado la embarcacion que me conducia; los demas pasajeros y yo no hemos podido salvar sino nuestras vidas; traia conmigo cien mil francos y todo lo he perdido.

— ¿Es eso lo que me tenia V. que decir? Y bien, ¿qué quiere V. que yo le haga? Si el dinero está en el fondo del mar, ¿tengo yo acaso poder para hacerle subir encima del agua?

— No señor, pero podria V. prestarme algun servicio como pariente y como amigo. He sabido que se halla V. en una buena posicion, y me he alegrado por V. y por mí, pues todo lo espero de su bondad.

— ¡Muchas gracias por la preferencia; veo que es V. muy amable! Es decir, que V. no ha sabido manejarse y me hace el honor de escogermé para remediar su mala for-

tuna. V. ha hecho disparates y es preciso que yo los pague. Eso seria muy cómodo, pero amigo mio, á pesar de mi buena voluntad, no puedo hacer nada absolutamente; para mí es V. un extraño, y si en alguna parte se alaba de ser pariente mio, puede V. estar seguro que le desmentiré. ¡Buen pariente, á fé mia!

Y diciendo estas palabras empujaba Juan á su primo poco á poco hasta la puerta de la habitacion y de allí hasta la de la calle. Al verse Carlos Boyer en el umbral, se detiene un momento, y bajando la vista, dice en voz baja:

— ¡Ah primo!... Si al ménos pudiera V. prestarme cinco francos... esté seguro que se los devolveré mas tarde... ¿No?... ¡Bueno! ¡Déme V. siquiera dos!...

— Lo siento mucho... pero no tengo un cuarto... es imposible, » dice Juan, y dando un fuerte empujon á su primo, le echa á la calle, por decirlo así; cierra despues la puerta con extrépito, y recomienda á las personas que habia en su casa, se hiciesen cargo de aquel hombre que salia, para que le conocieran bien y no le abriesen la puerta cuando se presentase.

Carlos sentia lacerado su corazon. « ¡Qué dureza! ¡Qué egoismo! decia para sí. ¡Hé aquí como me trata un pariente, él, que tan fácil le seria socorrermé! ¿Qué recibimiento puedo esperar del otro hermano que es tan pobre?... ¡Oh qué bien he hecho en probar á mi familia! Si Estéban es como su hermano, mañana me pongo en marcha para la Guadalupe, y no dejaré á esta gente ni un céntimo, ni un recuerdo. »

Llega á casa de Estéban, pero allí la acogida es muy distinta. No tuvo necesidad de decir su nombre, pues apenas se presentó, corrió Estéban á abrazarle exclamando: « ¡Carlos, querido primo! » Y llamó á toda su familia para que participase de su alegría y festejar la llegada del recién llegado.

Pasada la efusion de ternura recíproca, Carlos Boyer refirió su naufragio. Estéban le estrechaba las manos con inequívocas muestras de sincero interes.

« De modo, primo, que la fortuna te ha sido aun mas adversa que á mí, pues yo no soy tan pobre que no pueda hacer algo por un amigo. Ya buscaré el medio de proporcionarte un empleillo como el mio para que puedas vivir, y entretanto, comerás con nosotros de lo que haya. Nuestra habitacion es un poco estrecha, pero no le hace, apretándonos un poco, habrá sitio para tí. ¡Ah! y ahora que pienso en ello, continuó el buen Estéban dirigiéndose á su escritorio, tal vèz necesitarás algun dinero; permíteme, pues, que te adelante esta pequeña cantidad que me devolverás cuando buenamente puedas, y lo único que siento es que no sea mayor. » Y le presentó una moneda de oro que habia tomado de un cajon, la única que poseia.

Los ojos de Cárlos estaban inundados de lágrimas. Recibió la moneda de oro de manos de Estéban, y llevándola á sus lábios la besó exclamando con voz medio ahogada por los sollozos: « ¡Oh, toda mi vida conservaré esta muestra de tu buen corazon! ¡Primo mio, mi amigo, mi hermano!... Yo no soy un pordiosero, soy millonario; vengo á dividir contigo mis riquezas; tus hijos serán los míos.... Perdóname que haya puesto á prueba un corazon como el tuyo!... »

Cuando supo Juan el suceso cayó enfermo, no de arrepentimiento, sino de despecho y de coraje; recurrió á toda clase de bajezas para volver á la amistad de su primo, pero todo fué inútil; sufrió el castigo que merecia su mal corazon.

## URBANIDAD.

La urbanidad es el cuidado que debemos poner para que con nuestras palabras y modales dejemos á los demas satisfechos de nosotros y de sí mismos. (*Curso de moral.*)

No siempre la urbanidad inspira la bondad, la equidad, la deferencia y la gratitud, pero al ménos le da estas apariencias y presenta al hombre por de fuera como debiera serlo interiormente. (MADAMA DE LAMBERT.)

## Respuesta de Catinat.

Paseábase un dia Catinat por sus tierras, vestido muy

sencillamente cual acostumbraba, cuando se llegó á él un jóven parisiense, y le dirigió estas palabras con su sombrero puesto mientras el mariscal le escuchaba con el sombrero en la mano: « Buen hombre, yo no sé á quién pertenece esta posesion, pero puede V. decir al propietario que me he tomado la libertad de cazar en sus tierras. » Algunos aldeanos que le oyeron, echaron á reir á carcajadas; el cazador, con tono arrogante, le preguntó de qué se reian. « De la insolencia con que se atreve V. á hablar al mariscal de Catinat, contestaron. Con una seña que nos hubiera hecho le hubiéramos doblado á V. á garrotazos. » Corrió el jóven á donde se hallaba el mariscal y se excusó por no haberle conocido. « No creo que sea necesario conocer á alguien, respondió el mariscal, para quitarse el sombrero. »

## Respuesta discreta.

El caballero Guillermo Gooels, gobernador de Virginia<sup>1</sup>, hablaba en la calle con un comerciante, cuando acertó á pasar por allí un negro que le saludó, y el gobernador le devolvió el saludo. « ¡Cómo! exclamó el comerciante; ¿saludais á un negro?— Sí señor, contestó el gobernador; pues no me agradaria que un negro fuese mas cortés que yo. »

## Leccion de urbanidad.

Una señora que vivia en el campo con su hija Eugenia, su hijo Eugenio, y el señor Dorval, preceptor de éste, recibió un dia la visita del señor de la Paliniere, vecino suyo, y le convidó á comer. Al levantarse de la mesa, propuso el señor Dorval al señor de la Paliniere jugar una partida de ajedrez. El señor Dorval creia ser buen jugador y se alababa de ello. ¡Pero cuál fué su admiracion al ver la prontitud

<sup>1</sup> Fué colonia inglesa; en el dia forma parte de los Estados-Unidos de América; en este pais nació el célebre Washington.

con que su adversario le ganó todas las partidas! Eugenia, que estaba á su lado, se reia al verle perder y le preguntaba continuamente chanceándose, si era tan fuerte en aquel juego como acostumbraba á decirlo. Eugenio padecía interiormente de las impertinencias de su hermana; la madre, que estaba bordando en un extremo del salon, no demostraba notar lo que pasaba: pero cuando se hubo despedido el señor de la Paliniere, llamó á Eugenia y la dijo:

— Parece que tengo una hija locuela, burlona, impertinente y descortés. — ¿Pues qué he hecho yo, mamá? — Oídme, señorita: debeis guardar respeto al amigo de vuestra familia, al hombre que se dedica enteramente á la educación de vuestro hermano; y no solo el señor Dorval merece ese respeto, sino que si tenéis buen corazón, debeis profesarle cariño.... — Sí, mamá, respondió Eugenia llorando, yo respeto al señor Dorval y le aprecio.... — Sin embargo, acabais de burlaros de él, y habeis hecho todo lo posible para incomodarle. Aunque fuera cierto que tuviera la pretension de creerse un jugador perfecto de ajedrez, y no tuviera fundamento su creencia, ¿deberiais tratar de poner de manifiesto esa inocente ridiculidad? ¿Puede burlarse de los demas el que tiene buen corazón, y demostrar malignidad semejante? — ¡Mamá! exclamó Eugenia derramando copioso llanto, ahora veo que me he reido sin razon, pero no tenia intencion de hacer mal ni de enfadar al señor Dorval.... — ¿Es cierto eso? ¿No os habeis reido de la confusion que suponiais en el señor Dorval? ¿No lo habeis dicho con intencion de hostigarle?... Examinaos vos misma y contestad. — ¡Sí, mamá, ahora lo conozco! dijo Eugenia sollozando; no he sido buena, en efecto, y merezco ser castigada. »

Eugenio pidió el perdon de su hermana y lo consiguió. « ¡Hija mia! la dijo su madre con tono mas suave, que esto te sirva de escarmiento; acuérdate que la malignidad acompaña siempre á la insolencia. » Desde este dia Eugenia fué en todo tiempo bondadosa, afable y cortés.

#### Respeto á los ancianos.

Guardad siempre á los cabellos blancos la consideracion que merecen.

Un anciano ateniense buscaba sitio en un espectáculo y no le hallaba. Algunos jóvenes que le vieron en aquel apuro, le hicieron seña de léjos, pero en vez de procurarle un asiento, se burlaron de él. De este modo dió la vuelta al teatro sin saber qué hacer; pero habiéndolo notado los embajadores de Lacedemonia, que ocupaban un puesto de preferencia, se levantaron en seguida é hicieron que el anciano se sentase en medio de ellos. Toda la asamblea observó aquella accion que fué acogida con unánimes aplausos.

#### Deferencia á los magistrados.

Desde la fundacion de Roma hasta la época de Escipion el Africano, en los espectáculos públicos no habia sitio señalado para los senadores. No obstante, en tan largo espacio de tiempo no se vió nunca que se colocase un particular delante de un senador, pues todo el mundo tenia á honor ceder el puesto á los respetables consejeros de la república. Si alguien hubiese faltado á esta deferencia, hubiera sido objeto de la reprobacion general.

#### AMISTAD.

La amistad es una necesidad del alma, y mas noble cuanto mas pura es el alma; es un contrato entre los corazones, mas sagrado que si estuviera escrito y que nos impone deberes imprescindibles:

Una amistad fiel y tranquila es el don mas precioso que podemos apetecer. ¡Cuán grande es nuestra dicha cuando hemos hallado un hombre en cuyo seno podemos confiar nuestros secretos con plena seguridad, y con cuya discrecion contamos mas que con la propia! Un hombre que con sus palabras calme nuestra inquietud, con sus consejos nos decida á tomar el partido mas prudente, que con su buen humor disipe nuestra tristeza y cuya sola presencia nos inunda de alegría. (Autores varios.)

Procurad tener un amigo que deslice en vuestra alma la verdad con

sus palabras. El primer mérito que debemos buscar en un amigo es la virtud, pues ella nos demuestra que es capaz y digno de amistad. La mayor ventaja de la amistad consiste en hallar un modelo verdadero; pues como deseamos la estimación de la persona que amamos, este deseo nos conduce á imitar sus virtudes. Riquezas, valía, cuidados, servicio, todo lo que poseemos es de nuestro amigo, á excepcion del honor. (MADAMA DE LAMBERT.)

#### Contestacion de Rutilio.

Un amigo de Rutilio, célebre romano, le pidió una cosa injusta que éste le negó con firmeza. « Si no puedo obtener nada de tí, exclamó su amigo con ira, ¿de qué me sirve tu amistad? — ¿Y qué fruto sacaré yo de la tuya, contestó Rutilio, si debo conservarla á costa de la virtud y de la justicia? »

#### Escasez de amigos verdaderos.

No tengais muchos amigos, pues los buenos son muy raros. Preguntó un padre á su hijo de dónde venia, y habiendo éste contestado que venia de ver á uno de sus amigos, repuso el padre: « ¿Luego tienes muchos? ¡Eres mucho mas feliz que yo, puesto que en setenta años que tengo, apénas he podido hallar uno! »

Sócrates pensaba casi del mismo modo cuando contestó á los que le decian que era muy pequeña su casa: « ¡Plegue á Dios que siempre esté llena de amigos verdaderos! »

Es un bien tan grande la amistad, que un solo amigo verdadero es un tesoro inapreciable; toda la vida andamos buscándole y pocas veces le encontramos.

Esto es lo que da á entender la respuesta de un guerrero persa que acababa de cubrirse de gloria en una batalla, debido principalmente al vigor y agilidad de su caballo. Preguntóle Ciro si queria cederle su caballo á trueque de una provincia de su reino. « No, señor, respondió el joven, por una provincia no, pero sí por un amigo verdadero si podeis proporcionármelo. »

#### Amistad de colegio: Saint-Pierre y Chabillant.

El célebre Bernardino de Saint-Pierre, autor de los *Estudios de la naturaleza*, no recordaba nunca sin emocion á un amigo que la Providencia le habia dado cuando él era estudiante en el colegio de Caen. Era ese amigo uno de sus camaradas que, como él, contaba solos diez y seis años, y que como él tambien, era de buen corazon, estudioso y dócil.

Pablo de Chabillant tenia esos gustos sencillos y puros que arguyen siempre un alma superior, cuando son resultado de la reflexion, y era uno de esos niños precoces en quienes una exquisita sensibilidad reemplaza la madurez de la edad. Tenia un nombre ilustre, estaba destinado á la prosperidad y sus talentos eran superiores á su edad; pero no hacia caso de la fortuna, ni de la nobleza ni de los talentos, porque no estimaba ni amaba otra cosa que la virtud. Saint-Pierre era exaltado de pasiones y ambicioso, pero la sociedad de Pablo ejerció sobre su carácter una feliz influencia, calmó su calurosa imaginacion y le habituó á poner mas moderacion y prudencia en sus ensueños del porvenir.

Habiendo Saint-Pierre obtenido permiso de su familia para pasar los asuetos con Pablo, ambos amigos partieron juntos, despues de la distribucion de premios, decididos á no separarse nunca. Desgraciadamente la salud delicada de Pablo no pudo resistir á la crisis que separa la infancia



Casa de Bernardino de Saint-Pierre, en el valle de Essones.



de la juventud, y de día en día se le veía desfallecer. Ya á punto de espirar, no pensaba sino en el dolor que su muerte iba á causar á su amigo, á cuya mente traía el recuerdo de Estéban de Beocia, aquel amigo tan caro, cuya memoria ha hecho imperecedera Montaigne; y haciendo alusion á estas palabras que tanto habian admirado juntos, le suplicaba tambien que *tuviese valor y mostrase prácticamente que las pláticas que entre los dos habian pasado cuando estaban sanos ámbos, no eran vanas palabras, sino la expresion de convicciones profundas que estaban dispuestos á poner en ejecucion.*

Así ese noble adolescente no veía en la muerte sino un medio de probar su virtud; y cuando en la hora postrera dirigía á su amigo su última mirada, le dijo con moribunda voz: « No llores, Enrique, que esta separacion no es eterna. »

Nada fué capaz de borrar en el alma del jóven Saint-Pierre el pesar que semejante pérdida le ocasionó. Viejo ya, no podía contener las lágrimas, cuando viniéndole á la memoria lo pasado, se acordaba del tiempo en que la amistad se le habia aparecido bajo la forma mas conmovedora para disponer su alma á la virtud.

**La amistad en las diversas situaciones de la vida :  
Clemente XIV.**

Quando Clemente XIV no era mas que un simple religioso, veía con frecuencia á un pintor italiano de talento adocenado, cuyo carácter le gustaba, cuyas costumbres respetaba y con quien vivía en la mayor intimidad. Elevado Clemente á la dignidad cardenalicia, le pareció al pobre artista que su amigo se habia convertido en un gran señor, á quien, segun el uso no le era dable acercarse sino con grande dificultad, y en tal erencia, ya no se atrevió á volver á casa del nuevo cardenal, quien asombrado de su ausencia, fué á su casa, le reconvinó con ternura y le instó

para que viniese á verle frecuentemente, asegurándole que su antigua amistad no sufriria ninguna alteracion.

Quando fué elegido papa le presentaron la lista de las personas que debían ser agregadas á su casa, lista en la cual se habia inscrito á uno de los mas famosos pintores de Italia. El Padre Santo dijo: « Apruebo la lista con excepcion del artículo del pintor. Sin duda es excelente el que vosotros me presentais, pero es rico y no me necesita. Conozco un artista ménos célebre, mucho ménos opulento, amigo mio, y quiero que él sea mi primer pintor. »

**La amistad en las necesidades de la vida : Costar ;  
Madama de la Sablière ; Boileau.**

Voiture, célebre literato del siglo XVII, necesitaba un día doscientos doblones, y escribió á Costar, su fiel amigo, la siguiente notable carta:

« Tengo necesidad urgente de doscientos doblones: si los teneis, enviádmelos sin falta; si no los teneis pedidles prestados. Es necesario que de cualquier modo me los presteis; no vayais á permitir que otro aproveche esta ocasion al serme agradable: sé que os seria difícil conformaros sin que eso suceda; y ántes que consentir en tal desgracia vended lo que teneis... ya veis cuán imperiosa es la amistad. Yo experimento cierto placer al usar de ella del modo que lo hago, y creo que todavía gozaria mas, si vos procedieseis conmigo de idéntica manera. Daré recibo á la persona que me traiga el dinero. Salud. »

Costar le dirigió esta respuesta: « Estoy lleno de contento porque puedo prestaros el pequeño servicio que me pedís; y nunca hubiera creído que fuese tan grato ayudar á un amigo con doscientos doblones. Una vez que tanto gusto me ha causado, os doy mi palabra de que siempre tendré una corta suma disponible para aquellas ocasiones en que os hallareis necesitado... Mandad, pues, decididamente cuanto quisierais: vuestro placer en mandar no podrá

nunca ser igual al que yo tendré en obedecer; pero aunque yo sea muy sumiso, me indignaré de que queráis darme recibo. »

Hé ahí el lenguaje de la verdadera amistad. Es mas notable todavía la conducta de madama de la Sablière y de Hervart para con la Fontaine.

Madama de la Sablière acogió en su casa durante veinte años al célebre fabulista, quien se cuidaba muy poco de sus negocios, y así sucedia que era ella quien los dirigia, pues no solamente era amiga suya sino una administradora que le arreglaba sus gastos y observaba hasta sus menores descuidos. Cuando la Fontaine perdió esa preciosa amiga, Hervart la reemplazó. Notable es la manera como sus servicios fueron ofrecidos y aceptados. « He sabido, dice Hervart á la Fontaine, que habeis perdido á madama de la Sablière, y en tal virtud os propongo vengais á estableceros en mi casa. — Allá iba, » le respondió. Esa frase hace el elogio de ámbos.

Suele citarse tambien la conducta de Boileau para con su amigo Patru, abogado célebre, que, forzado por la necesidad en sus postreros dias, se vió obligado á vender su biblioteca. Boileau la compró, la pagó y exigió que su amigo gozara de ella hasta su muerte.

#### La amistad en las enfermedades.

En la niñez del príncipe Guillermo de Orange, Bentink fué el compañero íntimo de sus juegos y estudios. Su amistad fué acrecentándose con los años, y Bentink dió de la suya una espléndida prueba. Contaba el príncipe diez y seis años cuando se enfermó de viruela de una especie maligna; y los médicos, guiados por la ignorancia y las prácticas de aquellos tiempos, la juzgaron mortal, si algun jóven de la misma edad del enfermo y que aun no hubiera sufrido esa cruel enfermedad, no consentia en dormir con él, pretendiendo que ese cuerpo sano, al recibir de ese modo la viruela atraeria á sí todo lo maligno de ella y sal-

varia al enfermo. Bentink pidió como un favor el que se le permitiese salvar la vida de su amigo. Adoptado el consejo de los médicos, los resultados respondieron á lo que ellos esperaban: Guillermo fué restableciéndose por grados, y con el mas vivo dolor vió en peligro á aquel amigo, que tan generosamente se habia expuesto por él. Pero no le abandonó, le sirvió él mismo, y apenas tomaba el alimento indispensable mientras duró la enfermedad de Bentink. Estas recíprocas pruebas de abnegacion acrisolaron mas y mas el mútuo afecto de los dos jóvenes; y en adelante, cuando el príncipe llegó á ser rey de Inglaterra bajo el nombre de Guillermo III, su amistad hácia Bentink parecia adquirir nueva fuerza.

#### La amistad en la desgracia: Lisímaco.

El filósofo Calístenes, que habia seguido á Alejandro en sus conquistas, fué acusado de traidor ante este príncipe, quien lo condenó á ser encerrado en una jaula de hierro á la retaguardia del ejército. Lisímaco, uno de los capitanes del ejército de Alejandro, y amigo de Calístenes, no dejó de venir á verle; mas este filósofo, despues de darle las gracias por tan valerosa atención, le suplicó que no continuase sus visitas. — « Os veré todos los dias, respondió Lisímaco: si el rey supiese que los hombres de bien os habian abandonado, no sentiria remordimiento, y os creeria verdaderamente culpable. No, tu temor de perder su favor no me hará abandonar á un amigo desgraciado. »

#### Desavenencia y reconciliacion: Aristipo.

Debemos tolerarnos mútuamente muchas cosas, si queremos que la amistad sea duradera. El mas virtuoso ama mas y perdona mas.

En un arrebato de cólera, el filósofo Aristipo se habia malquistado con Esquino, su amigo. « ¡Pues bien! le dijeron, ¿qué se hizo esa amistad que os unia á los dos? —

Duerme, respondió Aristipo, pero voy á despertarla. » Corre en busca de Esquino, á quien le dice : « ¿ Me crees tú tan insensible que no sea capaz de reparar mis faltas ? — ¡ Ah ! tú tomas siempre una generosa iniciativa, dijo Esquino vivamente conmovido ; lo que yo debía hacer lo haces tú. » No hubo mas explicacion entre ellos, y su amistad se reanimó mas ardiente y mas tierna que nunca.

#### Damon y Pythias.

Eran Damon y Pythias dos jóvenes siracusanos que se profesaban mútua amistad, á que habia dado origen una fácil conformidad de sentimientos, y cimentádola la práctica de las mas nobles virtudes. En aquella época estaba Siracusa gobernada por un tirano para quien toda virtud era odiosa, y quien por un frívolo pretexto condenó á Damon al último suplicio.

Damon pidió permiso al tirano para ir á abrazar por la última vez á su madre y á su hermana que habitaban una ciudad poco distante, prometiendo que dentro de cuatro dias estaria de regreso en Siracusa á sufrir su condena.

Tal petición pareció extraordinaria al tirano, que sonrió de lástima, y le dijo : « ¿ Me crees tú tan cándido que haya de fiarme de tu palabra ? ¿ Quién me responde de que volverás si te dejo partir ? »

— Yo, dijo Pythias, que habia acompañado á su amigo ante el tirano. Si no ha vuelto el dia y la hora señalados, yo prometo morir en su lugar.

El tirano aceptó gozoso este ofrecimiento, pues en todo caso estaba seguro de una víctima : los dos amigos le eran igualmente odiosos. Juzgando el corazon ajeno por el suyo propio, estaba cierto de que Damon, una vez libre de su poder, no volveria, y que así, de esos dos jóvenes tan célebres por su virtud, pereceria el uno, y el otro quedaria deshonrado.

Llega el cuarto dia ; se acerca la hora fatal ; todos los habitantes de Siracusa, reunidos en la plaza donde se habia

levantado el cadalso, aguardaban ansiosos el acontecimiento. Damon no aparece ; Pythias, desde su prision, hacía votos para que algun obstáculo se opusiese á la vuelta de su amigo ; al fin llega la hora ; van á buscarle ; y mientras el pueblo se estremece de dolor y el tirano se entrega á un cruel alborozo, Pythias sube al cadalso.

De repente, en medio del funeral silencio, óyese un grito : « ¡ Héle aquí ! ¡ Es Damon ! » Y el pueblo entero lo repite. Despavorido, jadeante, Damon, á quien un rio crecido le habia impedido llegar mas pronto, se precipita hácia el sitio, sube al cadalso y estrecha en sus brazos á su amigo, derramando un raudal de lágrimas.

Empéñase entónces entre los dos jóvenes un combate de generosidad que hubiera arrancado lágrimas aun á los corazones mas encallecidos : « Ha pasado la hora, decia Pythias ; á mí me toca morir. — Yo soy el condenado, responde Damon ; á tí te toca vivir. »

La ferocidad del tirano no pudo resistir á tal espectáculo ni á la admiracion y enternecimiento que por todas partes se dejaron sentir : perdonólos á ámbos, y el pueblo los condujo en triunfo á sus hogares colmando los aires con gritos de gozo.

#### Antonio y Rogerio.

Hallábanse presos en Tunez dos marineros, uno frances y otro español, cuando esa ciudad era todavía una guarida de piratas : el primero se llamaba Antonio, y el otro Rogerio, y quiso la casualidad que se hallasen empleados en unos mismos trabajos. La amistad es el consuelo de los desgraciados : Antonio y Rogerio se boreaban todas sus dulzuras, y desde aquel momento les pareció ménos pesada la cadena que arrastraban.

Estaban trabajando en la construccion de un camino que atravesaba una montaña. Cierta dia se paró el español y tendió la vista al mar diciéndole á Rogerio con un profundo suspiro : « Todos mis votos se dirigen al extremo

de esta vasta extension de aguas: ¡que no pueda yo salvarla contigo! A todas horas me parece estar viendo á mi mujer y á mis hijos, que me llaman y lloran mi muerte. » Antonio estaba absorto en ese pensamiento abrumador, y cada vez que volvía á la montaña recorría con la vista el inmenso espacio que lo separaba de su patria.

Un dia abrazó con entusiasmo á su camarada: « Columbro un bajel, amigo mio; ven, ¿no lo distingues lo mismo que yo? Si tú quieres, seremos libres dentro de algunas horas. Si, dentro de algunas horas, la embarcacion pasará á algunas leguas de la costa, y entónces desde lo alto de estos peñascos nos precipitaremos al mar y alcanzaremos el navío ó pereceremos. Es preferible la muerte á nuestra cruel esclavitud. — Si tú puedes salvarte, yo sobrellevaré con mas resignacion mi desgraciada suerte; tú irás á buscar á mi padre y le dirás.... — ¿Que vaya yo á buscar á tu padre, Rogerio? ¡Ah! yo no podría vivir un solo instante si te dejase encadenado.... — Pero, Antonio, yo no se nadar y tú sí. — Yo soy tu amigo, repuso el español; mi vida es la tuya; nos salvaremos ámbos; vamos, la amistad me dará fuerzas, tú te agarrarás de este cinturon. — Es inútil pensar en ello, Antonio, me desprenderé del cinturon ó bien te arrastraré conmigo, y seré la causa de tu pérdida. — No temas nada.... Mas alguien nos espía, callamos. »

Vuelven á sus trabajos. Horas despues se encuentran por un momento fuera de la vigilancia de sus capataces, y ya se descubre distintamente el navío. « Ven, la ocasion es calva, » dice Antonio arrastrando á Rogerio por una roca escarpada. Rogerio insistia en su negativa repitiéndole: « Causaré tu pérdida. — Por última vez, dice Antonio, déjate conducir, ó yo mismo renuncio á la idea de salvarme. »

Consiente al fin el jóven frances, se agarra del cinturon de su amigo y juntos se lanzaron al mar.

Antonio hace esfuerzos increíbles y se siente animado de una fuerza sobrehumana. La tripulacion del navío contem-

plaba con curiosidad y sorpresa el objeto casi imperceptible que se movía sobre las olas; echa al mar una lancha, que se dirige hácia ese punto y toma á Antonio, cuyas fuerzas estaban casi agotadas, y al amigo á quien habia salvado por su generosa heroicidad.

#### El literato y el médico.

Una amistad generosa y tierna unia á un literato y un médico. Enfermó éste, y al punto su amigo ocurrió á su lado. « ¡Oh amigo mio! le dice el médico, conozco que mi enfermedad es contagiosa: no dejes entrar á nadie en mi cuarto; solamente vos debeis acercaros á mí. »

¡Almas sublimes! ¡Ambas igualmente admirables!... No se sabe cuál de los dos llevaba mas léjos el heroismo de la amistad, si el que podia usar de aquel lenguaje ó el que se habia hecho digno de oirlo.